

# REMEMBRANZA DE JAVIER BARROS SIERRA

Por Guillermo Soberón

**T**engo la firme convicción de que por encima de todas sus cualidades Javier Barros Sierra fue un gran universitario. Oí hablar de él antes de conocerle personalmente; de hecho le ví por primera vez el día en que tomó posesión en la Facultad de Ingeniería de Ciudad Universitaria. Aunque en ese mismo día pude saludarle y desearle éxito en su alta responsabilidad ya que le fui presentado por Alberto Sandoval a la sazón Director del Instituto de Química, estoy seguro que no reparó en mí, dado el gran número de personas que le expresaban sus parabienes.

Yo era entonces Director del Instituto de Investigaciones Biomédicas, cargo que había desempeñado hasta entonces por menos de 9 meses. Pronto fui requerido a su presencia para despejar acusaciones que, en mi contra, hicieron algunos elementos de ese Instituto, entre otras el cargo de haber dispuesto de un microscopio electrónico de la Universidad en beneficio de otra institución.

A pesar de lo grotesco de la acusación y de lo absurdo de ese planteamiento, me armé de toda la información pertinente y me presenté en su oficina para disipar las dudas que pudiera haber. Después de escucharme me dijo: "Doctor: me doy cuenta que a usted se le molestó y a mí se me había malinformado, pero en estos tiempos difíciles, uno tiene que recoger todas estas cuestiones y ponerlas en su lugar". En efecto, tiempos de gran turbulencia fueron los que se dieron en la UNAM y que determinaron la salida de un gran Rector: el Maestro Ignacio Chávez, quien fue el que me propuso a la Junta de Gobierno para ser designado Director del Instituto.

El trato que más tarde tuve con el Rector Barros Sierra fue fundamentalmente institucional; me pude ganar su confianza en forma creciente, y puedo ufanarme también de haber obtenido el beneficio de su amistad. Prueba de esto fue la actitud que tomó en enero de 1970 cuando siguiendo su consejo me ausenté del país por algunas semanas, dada la situación difícil en la que, muy a mi pesar me ví involucrado como consecuencia del conflicto arriba apuntado y que determinó que estuviese en peligro mi integridad física. Si bien no he olvidado las difíciles circunstancias de aquellos momentos, esto ya es parte del pasado y raramente vuelve a mi conciencia.

En el conflicto de 1968, pude aquilatar plenamente la devoción de Javier Barros Sierra por su Alma Mater; su firme actitud, su serenidad y su entereza fueron determinantes



para hacer que se respetara a la Universidad y para que la institución pudiera sortear esos tiempos difíciles.

Los años que transcurrieron para que culminara su gestión se caracterizaron por presiones diversas e implacables para la Universidad que él supo conducir airoosamente.

Le visité en su domicilio después de que fue intervenido quirúrgicamente de un mal que habría de llevarle a la muerte. Todavía tuve ocasión de hacerle saber, en enero de 1971, que el Rector Pablo González Casanova me había designado Coordinador de la Investigación Científica. Bien recuerdo sus amables palabras de estímulo y su exhortación para que, de mi parte, hiciera todo lo que estuviera a mi alcance para hacer una mejor Universidad.

Su firme voluntad y su aliento fueron para mí fuentes de inspiración, ulteriormente, en más de una situación difícil.

Siempre habré de recordarle con el respeto y afecto que su figura señera merece. ◇